

Una historia de migrantes

Erase una vez.....dos islas A y B, ambas tenían la misma extensión e igual cantidad de riqueza natural. La isla A tenía una población de cien mil habitantes y la B el triple. La isla A era próspera, tanto en economía, como en pensamiento, ciencia y derechos humanos. La isla B era pobre, su Gobierno era déspota y una gran corrupción dominaba toda la sociedad. Debido a estas diferencias muchos habitantes de B quisieron ir a A, donde se vivía mejor y esto, trajo una serie de problemas.

Los habitantes de la isla A se dividieron en dos bandos, los que estaban a favor de permitirles el paso y los que no. Los unos decían que había que ser humanitario, los de la isla B llevaban mucho tiempo viviendo en la pobreza y en el uso de las armas, por lo tanto, eran objeto de lástima y había que ayudarles. Los que estaban en contra decían que al venir de una Nación conflictiva, llena de corrupción, ellos sin duda también lo serían y esto traería el aumento de delitos y el empobrecimiento del sistema cultural, que al no poder mantenerlo en el mismo nivel, bajaría para favorecer a los inmigrantes. Durante meses se sucedieron este tipo de opiniones, a favor y en contra, la presión de otros países por el bien solidario, agrupaciones de derechos humanos, la ONU y hasta el Papa, mantenían la postura de apertura. Hubo en esos momentos alguna voz inteligente diciendo que todo en esta vida tiene un límite y que una apertura total supondría el hundimiento social y económico de su amada isla.

Los partidarios a la apertura ganaron y en la isla A empezó a entrar gente de la B. Pasaron los años y los habitantes de A vieron que las voces contrarias tenían razón, el sistema educativo bajó de nivel, subsidios por cualquier cosa, aumento de la delincuencia aumento de incentivos para los inmigrantes reflejo del también aumento de impuestos para los autóctonos, todo esto envenenó el ánimo de los isleños A. Por su parte, el Gobierno pensó que lo mejor era no decir la verdad, ya que entonces serían culpables de haberse equivocado, por eso, contando con los medios de información como radio y televisión, comenzaron a omitir todo aquello que no les interesaba, en cierta forma, era ya una manera corrupta de gobernar, algo que hasta entonces no había sucedido. El malestar se generalizó y hubo manifestaciones violentas y a nivel particular entre vecinos. El Gobierno se vio sobrepasado y como ya el único camino que les quedaba era recurrir a las fuerzas de seguridad del estado, se dieron cuenta que si usaban ellos la violencia que tanto estaban criticando, su perdición como personas se habría hecho realidad y en respuesta a tantos siglos de buen hacer, a uno de estos dirigentes se le ocurrió que la única manera de salir del atolladero era recurrir a alguien ajeno a la política, que como veían no les había aportado ninguna solución, por lo que decidieron contar con un filósofo.

La aparición del filósofo se hizo con toda naturalidad en la sala donde se reunían los miembros del Gobierno, todos lo miraron y cada mente pensaba sus propias cosas, aunque, en todas ellas había una petición de ayuda.

Desde su sitio, el filósofo se puso en pie y habló así: Ustedes me han pedido ayuda y se la voy a brindar por el bien de nuestra Nación. Hace mucho tiempo en otro país, se oía el siguiente refrán: **Por la compasión entró la peste.** Ya sé que esto a alguno de ustedes influidos por las ideas democráticas actuales no les parecerá bien, tampoco me parece bien a mi su democracia, donde la

opinión de un casi analfabeto, como los que nos llegan de la isla B valga igual a la de cualquiera de nuestros científicos o sabios. Quiero que sepan que en el 90% de los casos, cada Nación tiene el Gobierno que se merece y si hablamos de democracia, el 100%, ¿acaso no es el pueblo quien les vota?. Todos los emigrantes de la isla B llevan en sí los gérmenes de error y corrupción visibles en su Gobierno, por eso comulgan con las mismas ideas y practican las mismas creencias. Cuando llegan a otro país, el nuestro, por ejemplo, en seguida forman comunas donde reproducen su manera de vivir en la isla que les vio nacer, pero, que no les pudo alimentar. Esta es la señal de que no se adaptan a nuestra sociedad, ya que no cambian ni un ápice en su manera de pensar y sentir, por lo que puedo decirles, que ellos son el problema, los responsables de hundir su propio País.

Fue entonces que un político no conforme dijo que no podían echarles, ahora que les habían abierto las puertas. El filósofo le atajó diciendo que no era esa su intención, que ya había tenido en cuenta la opinión de los demás países con los que tenían comercio y que, si duda, ciegos por la corriente de pensamiento actual les boicotearían, creando así pérdidas económicas graves. Es importante que nos ciñamos a la verdad, -dijo el filósofo- y en nuestro proceder no desviarnos de la justicia, de esta manera tendremos la seguridad necesaria para poder hacer lo que les voy a proponer, que será una lección para todo el mundo, aunque a nosotros nos cueste un gran esfuerzo. Propongo un trueque, entregarles nuestra isla A a los inmigrantes de la isla B.

Tras hacer una proposición tan diferente a lo que cada uno tenía en mente, el filósofo aún estuvo un par de horas razonando y al final, los convenció.

Al Gobierno de la isla B le pareció un trueque excelente, iban a irse a una isla con unas instalaciones bien planificadas, con una estructura arquitectónica bella y funcional, con hermosas viviendas, con carreteras y ciudades bien ordenadas y con todo lo que se puede ver en una Nación próspera.

Así los isleños A fueron a vivir a B, allí unidos como estaban, acometieron las reformas necesarias y su inteligencia junto a su honestidad hicieron que poco a poco su Nación se elevase hasta el nivel que tuvieron en la isla A. Todo esto les llevó 20 años. En este tiempo los de la isla B que pasaron a A, volvieron a no llevarse bien entre ellos, hubo motines, violencia, mientras un Gobierno corrupto se enriquecía a costa de la gente del pueblo, de hecho, cuando uno de estos supuestos ciudadanos honrados lograba un puesto importante, lo primero que hacía era robar todo lo que podía.

Sucedió entonces que los isleños A empezaron a marchar a la isla B, pero entonces, el Gobierno de B les dijo que no les permitiría la entrada, porque las evidencias mostraban que no venían como amigos, sino como parásitos.

Adolfo Cabañero
psicopedagogo y profesor de yoga